



ALPES SUIZOS

El Cervino (Matterhorn)

*Viajar en compañía no es viajar, pues
quita al viaje su más íntimo encanto: la
soledad. ¡No conocer a nadie! ¡No ser co-
nocido!*

UNAMUNO.

Chamonix-Martigny-Viege Visp.

¡¡Adiós, Chamonix!!

18 de Julio de 1929.—¡¡Adiós, villa de Chamonix!! ¡Adiós, también, erguidas montañas: Mont-Blanc, Aiguilles de Midi, de Blaitiere, de Charmoz, Verte, Dru, Brevent, Floriaz, Aiguillete! Extensos y severos glaciares: Bossons, Geant ou Tacul, Talefre, Mer de Glace. Plácidos y pintorescos valles, a todos ¡¡adiós!!

Tu bella alegría no la sentiré ya más. Será difícil que pueda volver a tus amplios y majestuosos dominios. Marcho para Suiza en busca de nuevas emociones, que creo no serán tan intensas como las que tú me has proporcionado. Y de allí... ¡¡Adiós, Chamonix!!

¡Colores y más colores!—Un billete de tercera. Itinerario: Chamonix-Martigny-Viege Visp. Y confundido (no confundido, porque mi rostro, quemado y al parecer tatuado, llama la atención, aquí donde no extraña nada—en verdad, debo de parecer algún piel roja—) con toda la baraúnda, paseo para uno y otro lado en este andén, repleto de colorines. ¡Todos marchan!, digo, ¡todos marchamos!

¡Colores y más colores en jerseys, camisas, gorros, pañuelos, chaquetas, mochilas! ¡Vestimenta alpina para todos los gustos!

Psico-análisis.—Tres y media de la tarde. Partimos hacia la nación más montañosa de Europa. Coches de mucho lujo. Exactitud en el horario. Los colorines del andén se han colocado en sus puestos. Orden, urbanidad, miradas indiferentes, al parecer; pero todos rondamos la psico-análisis. Nos gustaría saber quién es el que

está frente a nosotros, y después, el de allá y el más distante; aquella dama, aquel galán; este anciano, esa muchacha. Todos divagamos, nos observamos, e instintivamente nos analizamos.

¡Rondamos la psico-análisis!

Paisaje.—Cuando creemos haber acertado analizando a nuestros compañeros de viaje, nuestros ojos piden paisaje, alegría, movimiento, entonaciones.

Y miramos por los amplios ventanales entregando nuestro espíritu a las bellezas que pasan. Casi todas ellas quedarán grabadas en la imaginación. Con este interés nos acomodamos «muellemente» para apreciar mejor el desfile de tanta hermosura.

¡Paisajes y más paisajes, piden nuestros ojos!

Abetos y pinos.—Los grandes ejércitos de abetos y pinos están desfilando. Son: 1, 5, 10, 100, 1.000, 100.000. Millares y millares de ellos salpican la campiña. Se les ve subir y bajar las montañas, esconderse, agazaparse, erguirse, maniobrar. En una palabra: envolverlo todo. Abetos y más abetos, pinos y más pinos, aquí y allá; en este lado y en el otro; lejos y cerca.

¡Abetos y más abetos, pinos y más pinos!

Argentiere.—Argentiere: diez casas, una iglesia y el cementerio. Todo ello circundado de praderas y vigilado por los esbeltos coníferos.

De todo el pueblo (de miniatura) lo que más resalta es la dorada cúpula de la diminuta torre del templo.

Perdido en este paisaje de breñales, vegetación, nieves y hielos, Argentiere, nos hace pensar: ¿Cómo vive aquí la gente? ¿Qué anhelos, qué satisfacciones, qué ilusiones tendrá? ¿En qué forma han pasado su existencia los moradores de antaño, antes de que esta escandalosa marea de turistas invadiera sus escondidos y agresivos dominios?

¡Qué bonito es Argentiere!

Humildad!—En Montrroc-Le Planet termina el macizo del Mont-Blanc y las montañas ahora nos parecen de juguete; además cree uno verlas despreciadas y olvidadas, como si las gallardas altitudes les considerasen al nivel de seres inferiores. Hasta el hielo teme entrar en su amistad y huye de ellas. La hierba es su mejor amante, y así vemos formar amplias ondulaciones, cual despejados remansos de esmeralda.

¡Humildad! ¡Apocamiento! en las montañas de Le Planet.

Verde.—No reparan las praderas dónde han de posarse, y las vemos descender audaces de los breñales, o descansar plácidas, sosegadas, junto a los grises pueblecitos. Las libres extensiones que los pinos dejan entrever son ocupadas por ellas. Extienden donde menos se piensa sus aterciopeladas alfombras.

Así que casi todo el panorama es verde: verde iris, verde cobalto, verde ceniza, verde Veronés, verde esmeralda, verde Prusia.

¡Verde, verde, verde!

Tradición.—Se empieza a ver la vestimenta suiza. Las mejores defensoras de lo tradicional (las ancianas) llevan un original sombrerito de paja claro adornado con un ancho lazo negro.

Para mejor saborear este pintoresquismo hay que procurar ver a estas ancianas, contrastando con algún pueblecito pizarroso de éstos; entonces es cuando su vestimenta tiene más gracia, cuando parece que los años no han pasado por aquí. Aunque el turismo ha desvirtuado mucho estas costumbres.

¡Tradicción, pureza de las razas!

Felicidad.—En estos célicos ambientes que estamos atravesando, la satisfacción que acaso más llena el espíritu, después de la contemplación del paisaje, es la admiración producida por la paz y la euforia campesina, reflejadas en el rostro mofletudo y sonrosado de los labriegos, que junto a sus casas miran sonrientes el paso del tren.

Parecen figuras de Teniers (David), traídas de alguno de sus óleos.

Se ve en ellos que han dado con el secreto de la vida y nuestro «Clavileño» se sentiría feliz en su compañía.

¡Feliz, muy feliz en estos campos!

Hórreos.—El paisaje sigue teniendo la misma gracia; no pierde su interés: bosques, praderas, grises edificios, alguna que otra iglesia y hórreos, hórreos en todos los sitios.

No hay lugar en que no aparezcan. Tienen una construcción especial, a base de unión de fuertes troncos de madera. ¿Habrá pradera que esté sin alguno? Uno como mínimo tendrá; sin su compañía no se hallaría a gusto.

Característicos hórreos «suizos» en todas partes.

¡Hórreos y más hórreos!

¡Suiza!—En Vallorcine cambiamos de coche. Hemos dejado los elegantes tranvías, para pasar a otros más modestos.

Llegamos a Chatelard, frontera suiza, a las cinco de la tarde.

Para el visado de pasaportes se presenta un hombrón, luciendo un rojo uniforme de sainete. Galones, cintajos, botones, en más cantidad que un «brigante» del pasado siglo. Ojeo rápido, y adelante. ¡¡Suiza!! ¡Qué de fantasías; cuántas cosas pintorescas evoca mi mente al pensar en esta palabra: ¡¡Suiza!!

Helvetia.—¿Quién no siente, en verdad, infinitos recuerdos al divagar sobre la palabra: Suiza (Helvetia)? Aquellos cromos chillones de las cajas de dulces: «anguilas», por Navidad. Los grabados escolares de los textos de geografía, del francés o de la historia. Las láminas para dibujar, de las que había que ir copiando una Suiza legendaria, de castillos, palacios, lagos y pueblecitos; y en éstos el molino, el riachuelo con el árbol florido, la pared de las fortificaciones, cuajada con la serpenteante yedra. Y... ¿cómo olvidarnos de las filatélicas colecciones en las que los «Helvetias» de diversos colores ocupaban un sitio preferente?

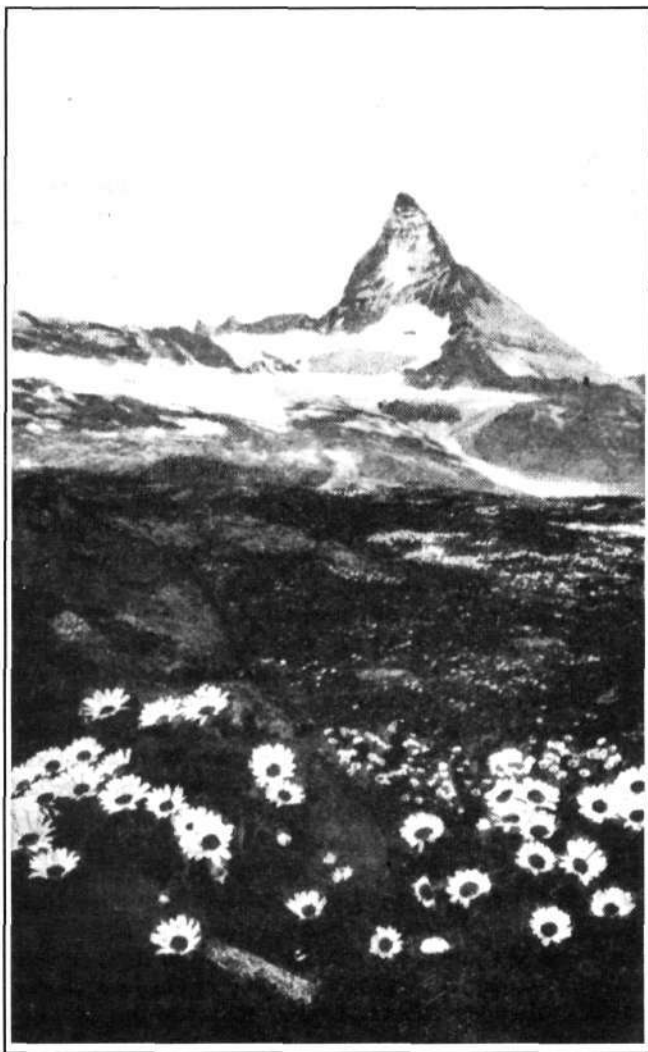
¡Helvetia!

Detalles.—Las jóvenes aldeanas suizas visten trajes negros de terciopelo, con faldas de mucho vuelo, y sombreros también negros en punta, y con altibajos, como si estuvieran plisados.

Los niños tienen una mirada simpática, viva y sonriente. (Se me dirá: Todos los niños tienen igual mirada. ¡No! la de éstos encarna un algo especial.) La gente, en general, es fuerte y de amplia proporción, colorada, predominando los de pelo color castaño. Su mirada, sus ademanes, su sencillez en el vestir y en la expresión denotan tener un corazón noble y un alma bucólica y pura.

El valle de Rhone.—La cremallera de este ferrocarril ha empezado a funcionar y su dosis de esfuerzo va en aumento. Es que descendemos de lo alto de una montaña. Parece imposible que pendientes como ésta puedan salvarse tan fácilmente. Bajamos sin notarlo. El espectáculo que se admira de estas altísimas vertientes es vasto y armonioso: el amplio valle de Rhone, con sus montañas de mediana altitud, cerradas completamente por unidos ejércitos de coníferos. En el cielo unas nubes

apelotonadas, color limón, dan una gracia imponderable a este valle azul y agrisado, de grises extraídos del esmeralda. Un río divide en dos la planicie «punto de vista», y con más brillo que un espejo resalta de las armónicas medias tintas. Es



Desde las pintorescas campiñas de Zermatt se admira la bella silueta del Cervino (Matterhorn). Autor (?)

Martigny.—Hemos tenido que bajar en Martigny, que es donde termina este pintoresco ferrocarril cremallera, y aquí hay que esperar un buen rato al rápido que nos transporte a Vierge-Visp.

este un valle para soñar y hacer palpitar el corazón de los indígenas, cuando de extrañas tierras vuelvan a sus lares.

Seguimos a bastante altura, y los viajeros nos hallamos en el apoteosis del espectáculo. Las ventanas son muy amplias y no queda ninguno sin contemplar estas divinidades, y sin que nos demos cuenta al mismo tiempo de los portentos de la moderna ingeniería.

Vernayaz, gran centro eléctrico de «Helvetia», se halla al comienzo del valle por el lado que descendemos, y en él todo son cables tendidos y ramificaciones eléctricas.

Nos vamos aproximando a la llanura. Es tan fantástica esta bajada que, a veces, da la impresión de que se va en algún dirigible; la cremallera bordea verdaderos precipicios y son muchos los sitios en que se cree ir suspendido.

Rhone se muestra apacible, y si no sería por Vernayaz, se prepararía debidamente para descansar; pero el *mare magnum* de hilos y ruidos de sus centrales eléctricas no le dejan en paz.

La mayoría de los viajeros, que han venido de Chamonix, llevan mi itinerario y no nos hemos decidido a salir del andén; unos y otros meriendan, charlan, ríen, se entretienen, y algunos hacen el ridículo, como lo están haciendo unas «pollitas» mayores de edad (de cuarenta a cincuenta y cinco años) que, en su raro atavío alpino, lucen extravagancias propias para niñas de ocho a diez años.

Ruta Viège-Visp.—El tren parte para Viege-Visp a las 7,28. Este ferrocarril posee cuantos detalles pueda reclamar el más exigente en materia de viaje. Sin notar ninguna molestia, ningún pesado traquetreo, con una suavidad y una comodidad elevada al *summum* en un tercera, vamos deslizándonos por la campiña y acercándonos cada vez más al arrogante corazón helvético.

Voy solo en el coche; nadie me distrae de contemplar el paisaje que se ofrece a mi vista.

La velocidad que en este momento lleva el eléctrico pasará de los 80 kilómetros por hora, y el panorama, que en el valle no tiene nada de extraordinario, desfila veloz con su muestrario: praderas, álamos, olmos y sembrados; a ambos lados montañas similares a las dejadas atrás.

Riddes (ocho menos cuarto). Sion: se ve un caserío muy unido al pie de una montaña rocosa. Un esbelto castillo que se eleva en una de sus alturas, envía recuerdos de la Edad Media.

Todo lo que estamos atravesando, apenas si tiene gran diferencia con nuestro País; los cultivos son similares, y el cielo, con su encapotamiento, invita a pensar en las verdes llanuras que nuestro «chirene» Adolfo Guiard tan bien recogía en su punto y las inundaba de aquella su expresión optimista, como buen «chacoliner» que era. El tantas veces visto, el inconfundible panorama suizo se halla muy distante de estos lugares.

La noche va tendiendo su velo. Y tan pronto la oscuridad ha cerrado los horizontes, me he apoltronado en mi mullido asiento y espero a que el interventor (tan atento, como todos los de estas líneas) me advierta que he llegado al término del viaje.

Por la marcha que llevamos y lo avanzado de la hora, no creo que tardaré mucho en dejar esta línea.

Viege Visp

Sus calles. El hotel de la Poste.—Entramos en Viège-Visp a las nueve y veinte. Siguiendo mi costumbre, salgo de la estación y me interno en el pueblo, después de pasar una amplia carretera salpicada de viviendas y alguno que otro hotel.

En su plaza principal he pedido hospedaje en tres pensiones, y en ellas me dicen que no tienen habitación. Empiezo a ponerme «mosca», pues creo que la cara, tan llamativa que llevo, es la causante de que estos sencillos y pacíficos posaderos desconfíen de mi persona.

El rostro, negro en algunos sitios y blanco o mejor natural donde la epidermis se ha desprendido, me debe de dar el aspecto de un tiñoso, y las ingenuas gentes de este pueblo no aprecian que mi aparente estado es una causa natural, sin consecuencias de ningún género.

Una melancólica cadencia de acordeón envuelve estas empedradas y empinadas calles de poesía verlainesca. ¿Aguafuertes? Cree uno verlas en todos los sitios;

los rincones parecen trabajados a buril: trazos enérgicos y largos. Y la languidez enferma del acordeón llena de misterio y de recuerdos estas estrechas callejas. Al ir por ellas, sin haber cenado y sin saber todavía dónde descansaré esta noche, queda invadido mi espíritu de nostálgico recuerdo de mi tierra. ¡Buena preparación para que mañana empiece mi caminata en Zermatt!

Grupos de pueblerinos toman el fresco en las esquinas y me miran con ojos ávidos de curiosidad.

Por indicación de una señora (una de estas fisgonas de pueblo) que ha calculado no he debido de buscar alojamiento al verme dar algunas vueltas por la plaza, voy al hotel de la Poste.

También aquí creí que pondrían algún reparo, pero la dueña (un macizo rollo de carne) me dice que tendré habitación y que esté tranquilo; hace las preguntas de rigor: quién soy, de dónde vengo, etc.

Ceno muy bien. En todas las esquinas de este hotel se ve reproducido al galardo y airoso Cervino: los cuadros, el menú, las guías ferroviarias.

Deben de explotar bien al pobre Matterhorn; y el rendimiento que éste da a las gentes de todos los pueblos próximos a él debe de ser muy grande.

Me han subido a una de las habitaciones más altas de la casa, y desde sus amplios ventanales se distingue al dormido Viège, que reposa envuelto en el monótono canturreo de sus abiertas fuentes y del mimoso acordeón, que todavía no ha cesado sus lamentos.

Las dos camas de mi departamento, lo mismo que los otros detalles: cortinas, toallas, lavabo y demás, tienen una limpieza comparable a la nieve pura de los altos.

Han prometido ser fieles a la palabra dada: me despertarán a las seis; así que puedo descansar sin preocupación de ningún género. Con rapidez casi vertiginosa me agarra el sueño.

Viege-Visp-Zermatt

19 de Julio.

Hacia Zermatt.—Me han llamado un poco tarde, y la rapidez que empleo para vestirme es similar a la del simpático *Charlie Chaplin* levantando sus bragas. No quisiera perder esta primera combinación de las seis y media. En el coche del hotel nos llevan a la estación; de la Poste vamos seis viajeros.

El andén es un hormiguero de alpinistas. Es increíble el movimiento que en este País tiene el turismo y el alpinismo. En todos los sitios se ven mochilas y piolets. No se andarán muchos pasos sin encontrar alguna persona ataviada con su original vestimenta deportiva.

Este ferrocarril de montaña va repleto. La mayoría de los turistas son alemanes. ¡Qué engañados vivimos los que creemos que los rubios germanos «andan de cabeza»!

Lo que he apreciado en la mayoría de los que por todas partes he hallado es que saben vivir, y viven mejor que nosotros. Si el uno está gordo y colorado, el otro está más fuerte que un toro, y así uno y otro... y todos.

Comienza la sesión de admiración de la naturaleza y vemos, en la primera parte de la «cinematográfica» visión, al río Visp arrastrar sus agrisadas aguas tur-

bias, de color pizarra, buscando amigos y parientes que le lleven a ambientes más llanos y despejados.

Pueblos.—La montaña, en este principio de trayecto, tiene su pie junto a la vía y la vemos remontarse alta, muy alta, con arrogancia y esbeltez.

En ella, cual palomares diseminados, aparecen pueblecillos blancos, ingenuos, «de nacimiento»: diez casas y la iglesia, veinte casas y la iglesia, treinta casas y la iglesia; y de ese número no pasan, y aun este último número es exagerado. El tener más de treinta casas es una profanación para un pueblo de la montaña.

¡Qué bien deben de vivir en esas alturas!

Barrancos.—Barrancos, cañadas, angosturas; nadie por ningún sitio. La campiña libre, salvaje, eterna, goza en sí misma; no necesita de nada ni de nadie. Lo tiene todo: el sol, el aire, el agua. ¿Qué más puede pedir?...

El tren fa-fa-fa-fa-fa: le cuesta subir; los viajeros gozamos de eso y nos ponemos a tono con los barrancos, cañadas, angosturas.

Kalpetrán.—Kalpetrán, 900 metros de altitud s. n. m. A la derecha y encima, semejando caerse, la aldea de Emd (1.356 metros). Los pastizales son tan inclinados que miramos pensando en la velocidad que hasta aquí traería quien rodase desde allá arriba. Y ahora es cuando se comprende bien el sentido de la perspectiva de Cezanne en sus originales bodegones: un aldeano segando la hierba en estas praderas, sería comparable pictóricamente a un jarrón sobre una mesa verde del gran maestro de las modernas tendencias.

Kalpetrán, 900 metros.—Emd, 1.356.

Furia.—Al dejar Kalpetrán y entrar en el desfiladero de Kipfen y Selli, se nos presenta furioso, rabioso, el Viège. Jamás he visto tanta furia, tanto arranque, en un torrente. Las aguas, completamente agrisadas, saltan y brincan tomando casi masa corpórea; se podría pensar en algún sólido, más bien que en líquido. Aguas pizarrosas que crujen, que pelean, que triscan; y no cesan, no se cansan, luchan y luchan.

Y los del coche, absortos, atontados, mirando estos pugilatos del agua, que allí, en la altura, fué blanca y virginal.

¡Buen *ring* el de Kipfen y Selli para las peleas del Viège!

St. Niklaus.—En St. Niklaus hay cruce de trenes y regresan de Zermatt y sus alrededores gran número de excursionistas.

St. Niklaus tiene una iglesia con una grandísima esfera en su torre. A un lado se ve el caserío y en él resalta el hotel Lochmatter.

St. Niklaus es ideal, y su estación es tan típica, tan refinada, que no descuida detalle; el St. Niklaus del rótulo luce una elegante letra gótica.

Empieza ya la segunda parte del film. St. Niklaus es la puerta final para el paso a las grandes montañas; hasta aquí las alturas oscilan aproximadamente entre los dos mil o tres mil metros; en este lugar comienzan a pasar de los cuatro mil.

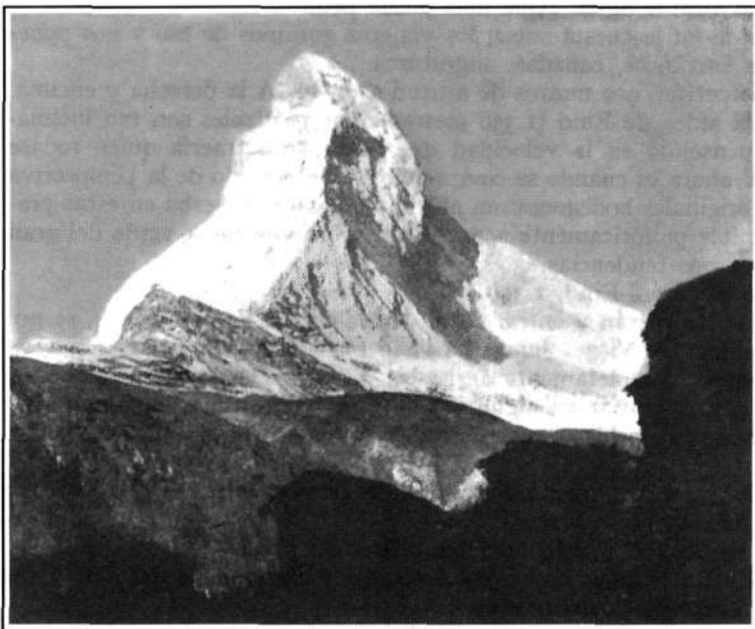
Suiza estilizada.—*El paisaje sigue siendo cada vez más agradable, más pintoresco; montañas, praderas, hórreos, pueblecitos, torrentes, desfiladeros, pinos, álamos, nieve en las cumbres, ganado en los campos, alguna que otra pincelada de color chillón: personas. En algo se tenía que diferenciar el corazón de Suiza del resto de lo admirado. Todo esto tiene más unión, más ligazón en los detalles; acopla y reúne el gran encanto del País de las montañas.*

Al correr la pluma.—Espinosa es incapaz de poder hacer sentir con sus escritos estas bellezas: lo comprende. Y se limita sencillamente a anotar sus impresiones.

Como las siente en el momento de contemplarlas, quedan escritas en su *block*. Así éstas son nerviosas, inadaptadas y, en ocasiones, rebeldes; pero, aunque pobres y simples, siempre suyas.

Zermatt

Al salir de la estación. El guía Alexandre.—Pasado Randa (1.409 m. s. n. m.) se nos presenta la colosal pirámide del Cervino (Matterhorn) y pronto entramos en Zermatt, la villa alpina de más interés de Helvetia (a las ocho y media de la mañana).



El airoso Cervino luciendo su gallardo aspecto todo nevado.

(Giger Fot.)

Los viajeros en animado conjunto, desfiliamos por su calle principal y casi única pues todo el pueblo se extiende a ambos lados de ésta. En ella es donde están las novedades, los bazares, los principales hoteles, los guías (en gran número) a la caza del viajero, etc. Uno de ellos (que en estos momentos no sé quién es, apenas le he visto la cara) me va siguiendo los pasos; yo me doy cuenta

de ello y me hago el desentendido. Caminamos buen trecho, y junto a la iglesia se pone delante y me saluda en francés. Le indico, con toda corrección, que no preciso de momento ayuda de ninguno de ellos; pero a pesar de todo, se obstina en darme detalles y me enseña un cuadernito (el *block* de sus buenos servicios) y, ¡oh rara casualidad!, en él veo los nombres del vizconde de Alesón, de Agustín Sandoval, de Alfonso Sagastal, de Luis Lizull, que el 10 de Agosto de 1928 escalaron el Cervino en su compañía y la de otros guías. Según pone en el escrito, son los primeros españoles que han tenido la satisfacción de pisar la piramidal Mole. El buen guía me entrega su tarjeta: Perren Alexandre (Fils d'Alois)=Guide—Zermatt (*On parle française*), y me lleva, muy simpático y atento, a la Pensión Julen (la más económica de esta villa, pero que no tiene nada que envidiar en limpieza, buen

servicio, esmerado trato y sencillez, a ninguno de los fastuosos y superficiales hoteles).

Me lavo y voy a desayunar. En el comedor, caras de personas mayores. Le doy a la mermelada y a la mantequilla con buen apetito; es la primera vez que desayuno a base de dulces, y hago el debut dejando medio vacío todo lo que me han presentado.

La calle principal.—Libre, sin la preocupación de la mochila, me expansiono por esta *rue* animada, abigarrada de color: tarjetas postales (en todas las tiendas), calzado, jerseys, útiles de montaña y «figuras» paseando con vestimenta similar a las de Chamonix, pero menos rara. Zermatt es más aldea que la villa francesa, tiene otro carácter (suizo neto) y carece de los refinamientos de ésta en los casinos, *brasseries*, restaurantes; del lujo que los parisinos han sabido envolver a su nación.

El museo.—Aunque poco animado, voy a ver su museo. Me encontré con lo que esperaba: desfile de fotografías y objetos de la mayoría de las víctimas del Matterhorn. En un sitio, el roto pantalón del estudiante alemán; en otro, las gafas del naturalista tal, su cantimplora, su reloj. Allí una foto del despeñado X, junto a él la chaqueta de otra víctima; y en todas partes fotografías y más fotografías, y drama y tristes recuerdos. Quien pretenda escalar el Cervino, no debe visitar este museo; la impresión que de él saque repercutirá en su ánimo en los momentos difíciles. Son demasiadas muertes, y hacen lo suyo en el espíritu. Para trepar la roca es necesario ir libre de prejuicios y con la conciencia limpia.

Salgo del museo y visito la iglesia: alegre, muy bien decorada y amplia. Todo «huele» a nuevo. De aquí marchó a comer.

El Cervino (Matterhorn)

Camino de la gran pirámide. Hermaettje.—Mejor preparado que para mis anteriores marchas (en la pensión se han esmerado hasta el límite), salgo sin compañía para el Cervino (Matterhorn). Son las dos y cuarto de la tarde cuando dejo Zermatt. Por un camino muy bueno, a la orilla izquierda del Viege, sigo la senda del triangular Monumento, el de más esbeltez y arrogancia del mundo (4505 metros). Entro en seguida en la garganta de Gorner, y pasando un hermoso bosque de abetos penetro en la aldea de Zum-See (1.750 metros). Tres menos veinte. Llevo la marcha por un camino ideal, rodeado de abetos; a distancias de unos 400 metros tiene el excursionista casitas en las que flamean pequeñas banderas suizas e inglesas, y en ellas puede alimentar y refrescar su cuerpo: venden leche, sanwicks, vino, refrescos; ancianas campesinas se encargan del despacho. El principio no puede ser mejor. Al caminar para la Gran montaña, no llevo impaciencia ni temor de nada. Están tan bien preparados estos caminos, hay tantas seguridades por todas partes que, aunque uno no quiera, la despreocupación y la tranquilidad tienen que acompañarle forzosamente.

A buena distancia viene un joven con su guía; a los dos parece que les amordaza la cuesta (más tarde nos hemos de encontrar varias veces), deben de llevar mucho peso en las mochilas.

Paso por los chalets de Hermaettje y doy vista al glaciar de Bodengletscher a las tres y media. Dejo los pinos a las tres cuarenta y cinco y camino a continua-

ción por una verde y despejada montaña, siempre por el buen camino de herradura.

El no tener frente a esta altura por sus cumbres ninguna mole que le quite luz, y recórtarse ella sola en el nuboso cielo, le hace semejar a nuestras simpáticas alturas vascas. A los dos lados quedan los glaciares; todavía no le veo al Matterhorn, le tapa esta montaña. Empieza a llover (gotas gruesas de tormenta). Pára en seguida.

El Lac-Noir. Los americanos.—Llego al hotel del Lac-Noir (Schwarzesee, 2.589 metros) a las cuatro y veinte. Un refresco y de nuevo andando. Hace frío. La contemplación del Cervino, desde estos alrededores del hotel, debe de ser maravillosa. Se encuentra en estos momentos cubierto de nubes y no se le aprecia sino algo de su base. Desciendo por un pequeño declive y recreo la vista contemplando el Lac-Noir. Junto a él la ermita de Nuestra Señora de las Nieves. El brillo de sus plateadas aguas tiene el encuadramiento ideal de lisas «campas» verdes y un fondo de verdadera «alta montaña», todo ello muy bonito.

¿*Comment ça va, monsieur?* Con este saludo le doy un fuerte apretón de manos al americano Franck Curties (el de los Grands Mulets), que vuelve con su guía de coronar felizmente la Gran Pirámide; le pido impresiones y me da satisfactorios detalles; me indica cómo sus compañeros vienen algo retrasados y les vemos bajar a distancia por un sendero en zig-zag. Muy contento, me dice que se alegra de dejar «estos endemoniados» rincones, donde no ha pasado sino fatigas, y que espera ansioso llegar a París, al París que él tanto quiere. (No tiene alma de alpinista, sus sentimientos están bien claros.) Mientras dura la conversación vienen D. Graham y B. B. Pond, y durante unos segundos charlamos los cuatro.

Termina la hierba y principia la roca suelta; son las cuatro cincuenta; subo por lugares faltos de toda vegetación; a mi izquierda empieza a verse el vasto glaciar de Furggletscher.

¡Oh Matterhorn!—El Matterhorn se ha despejado de los estorbos de nubes y se presenta arrogante, retador, fuerte, valiente, con una jerarquía de verdadero triunfador.

Semeja uno de esos dioses de la mitología, que se transformaban ya en animal, ya en persona, ya en cuerpo sólido.

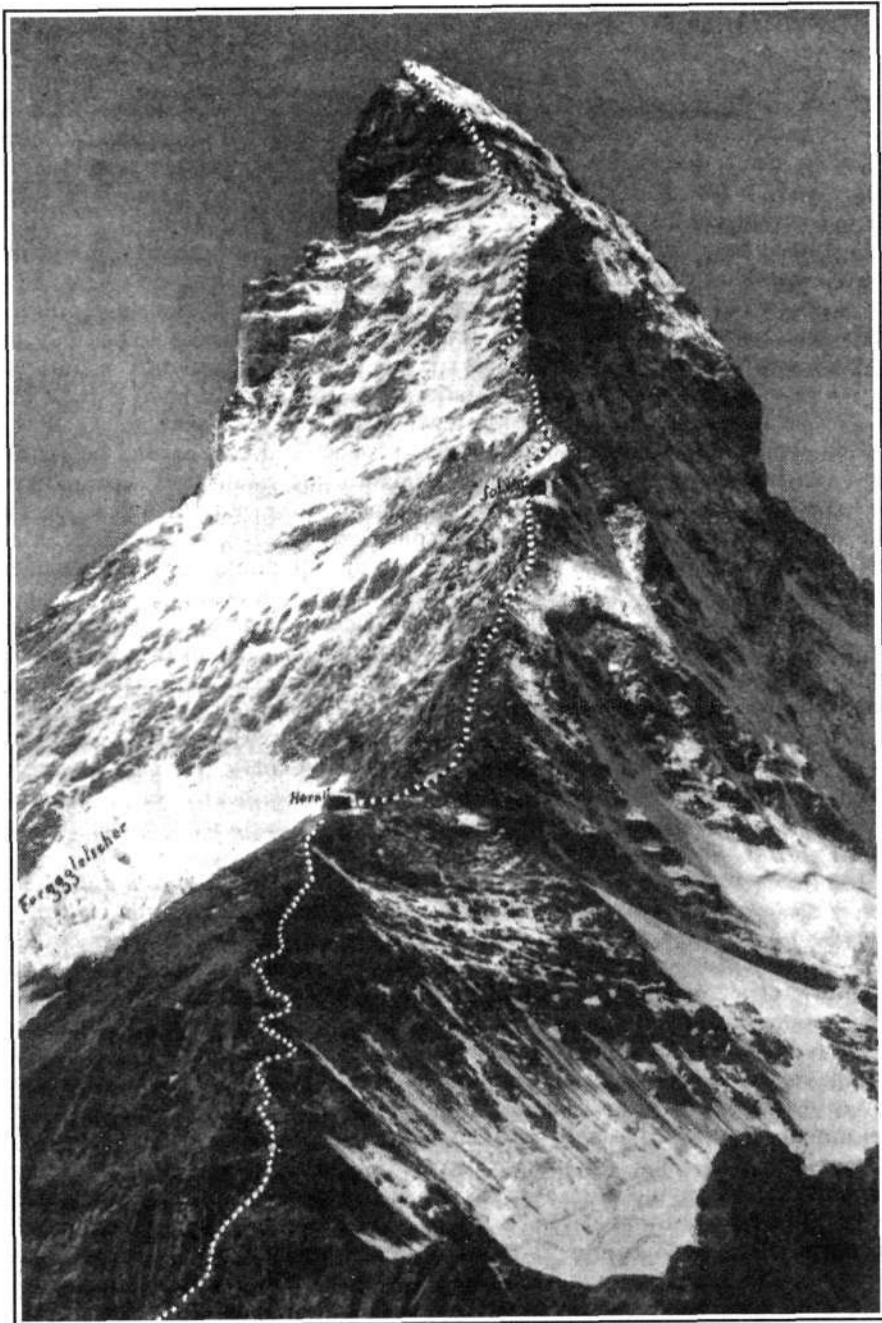
¿Qué oda puede recitarse para ensalzar al Matterhorn? ¿Al Matterhorn que atrae, que arrastra, que apasiona, que subyuga, al Matterhorn valiente y macho, a quien el hombre siempre respetará?

¿Qué elegía merece el Matterhorn, sepulcro de tantos apasionados, autor de tantas víctimas?

¿Qué poema puede cantarse al Matterhorn, ídolo de todo buen alpinista, de la Suiza entera, que se pone de rodillas para venerarle; de Italia, que le quiere más que a su Roma; de Alemania, a quien magnetiza con su fuerza; de Inglaterra, a quien sojuzga y apasiona; de Francia, que le desea, y ve que su Mont-Blanc carece de esta esbeltez; y de otras naciones, en las que siempre tiene entusiastas defensores que le admiran, y darían mucha de su fortuna por poder pisar su augusto cetro?

¡Matterhorn! ¡¡Matterhorn!!

La oda, la elegía, el poema tendría que ser escrito, por algún ser ultraterreno, por algún espíritu celestial. El mundo tiene pocas palabras y pobres para hacer vivir, para dar forma espiritual al gran canto que merece el Matterhorn.



El fantástico Cervino (Matterhorn). Arista del NE. (Hörnli-Zermatt). (Fot. Giger).

En el Hörnli

El refugio Hörnli del S. A. C. Los alemanes.—Arribo al refugio Hörnli del S. A. C. a las seis menos cuarto. Un señor, a quien yo he tomado por el encargado del refugio, me ha dicho que podré disponer de cama. (Es un guía austriaco, que viene acompañando a un alemán.) Como llevo bastante comida en la mochila, doy comienzo a su aligeramiento.

La planta baja del edificio tiene una amplia cocina y un cuarto con tres mesas y bancos, que hace de comedor, de lugar de reunión y de centro de charla. Su piso se halla destinado a dormitorio, y vemos que los mullidos colchones guardan una simetría indicadora de buen orden y limpieza; a un lado de los lechos hay doble estantería, sustentando un calzado especial, que he visto la primera vez aquí, (similar a las almadréñas, muy amplio e interiormente forrado con lana) y cuyo objeto es el de que los excursionistas puedan tener los pies secos y abrigados.

Cojo el par que me corresponde, y bajo al comedor, donde paso el tiempo fijándome en la juerga que se traen los ocho alemanes que están aquí esperando como yo a mañana, para cumplir sus deseos que son los míos. Con el único que puedo hablar algo, es con el guía austriaco, que conoce el francés a la perfección; los germanos no deben de saber sino su lengua y se van enterando de mis pensamientos por medio del guía (muy buena persona), que hace de intérprete.

Al hacer yo ciertas declaraciones al austriaco, dos de ellos, y especialmente uno gordo, veo que se dirige a los demás y comenta mi caso; al instante estas corpulentas figuras (todos fornidos mozos) me miran casi con compasión, como diciendo: ¡si sabrá este infeliz lo que va a hacer! ¿Ir solo?, ¡está loco!; y veo que he estado acertado en el pronóstico, pues, casi momentáneo, el austriaco me dice con tono de asombro: —¿Y se atreve usted a ir solo? —Solo. —¡Lo pasará muy mal! A mí, acostumbrado a oír infinitas veces este mismo lamento, ya en asuntos de montaña, ya en otros ramos de la vida, no me hacen mella las recomendaciones a lo «buen padre», del infeliz guía.

Una fuerte tormenta. Granizo, rayos, furia.—El granizo nos va a dar su buena sesión, y comienza salpicando suavemente y aumentando la dosis con empuje malhumorado; va adquiriendo tanta fuerza, su furia es tal, que las descargas blanquean todo en un instante, y montañas en las que se veía aparecer la pelada roca desnuda, quedan al pronto vestidas con traje claro. Rayos, truenos, dinamismo en el ambiente y vista cubo-planista desde aquí. A mí no me ha hecho la menor mella esto; tengo esperanzas de que mañana hará un buen día, pero veo que quienes se han comprometido de mí, no tienen el humor de antes de la tormenta. El tiempo les ha aplanado. Algo más arriba de este refugio hay un hotel: el Belveder; a él han marchado (al escampar algo) los que aquí se encontraban, y me he quedado solo, mirando simplezas de mi mochila, preparando las mantas para mi lecho y fijándome en el espectáculo tan maravilloso que con la tormenta han adquirido las faldas del gran coloso y el espacioso Furgggletscher. Es algo extraordinario el sorprender un violento temporal en estas alturas; parece que la tormenta nos va a arrastrar, nos va a llevar con ella, hasta allá abajo... El trueno detona con tal violencia que se piensa en una descarga junto a nosotros.

Termino de cenar a las seis y media, y una hora más tarde me he acostado.

Tres buenas mantas me envuelven bien; los pies libres, sin pantalón, ni cha-

queta, limpio, tranquilo, da gusto dormir así en un refugio de alta montaña. Soy el primero en acostarme; todavía no han aparecido los alemanes.

¡Hasta mañana si Dios quiere! ¡Buenas noches!

Del Hornli a la cúspide

20 de Julio.

Antes de la jornada.—Nos hemos levantado todos, casi a un tiempo, y veo que los alemanes se avían con rapidez para marchar.

La mayor parte de los colchones del refugio han estado ocupados; ayer no me di cuenta de que en el Belvedere (hotel) había algunos excursionistas más.

Para cuando bajo a la cocina, ya han ido un par de grupos (seis); tres en cada cuerda.

Siempre creí que en estas montañas no se conociese a los famosos «tragamontes», suponía que como más educados en el alpinismo, les sirviese a estas gentes la montaña para practicar en ellas las sanas y santas expansiones, y saborear tranquilamente lo que allá abajo, en las ciudades, es imposible; pero me doy cuenta que la plaga de los «rápidos» abunda en todos los sitios.

El ver esto me ha hecho tomar la ascensión con más calma, y voy al Belveder donde saboreo, con apetito, la mermelada y el café (3,75 francos).

¡Andando!—Soy el penúltimo en salir; cinco grupos han ido delante de mí. Con la mochila «en forma» sin piolet, (lo he dejado en el Hörnli), empiezo la jornada. Mi reloj marca las cinco (mañana).

Parece que se presenta un hermoso día; se ven algunas nubes, pero semejan ser benignas.

Primeramente se camina por un liso trozo helado; mas, a los cien metros, empieza a presentarse la roca de tal forma que necesariamente hay que dar principio al pesado gateo (trabajo de pies y manos) que no lo dejaré hasta alcanzar la cumbre.

Aprecio que el calzado que llevo no me va a resultar; voy a tener muchos resbalones en las blancas capas de granizo. De la gran tormenta de ayer tarde han quedado cubiertos todos los requicios y la goma resbala de continuo en los blancos espacios, y como el uso de los crampones en estos sitios es imposible, estoy salvando la situación como puedo.

El alemán gordo.—Esta parte del terreno tiene la roca muy escurridiza y continuamente se desprenden pequeñas piedras que ruedan hasta el glaciar.

Un cuarto de hora llevo trepando y ya he dejado atrás a un grupo (al del alemán gordo, que ayer en el Hörnli me miraba con cara de compasión y actuaba de bufón entre sus compañeros). Les doy un cariñoso adiós, y adelante.

No tiene nada de particular que a estos señores les haya dejado atrás: manejan la cuerda como si estuvieran pescando y con tanta precaución y preparación les vuela el tiempo; (terminarán por no alcanzar la cumbre).

Montañas de roca pura y montañas mixtas.—Poco tiempo pueden quedar las manos libres; hay que utilizarlas continuamente para ganar altura. A veces parece que se están subiendo peldaños de alguna pétreo escalera. El frío que hace es un buen compañero para este ejercicio.

Las montañas de pura roca, como es ésta, no tienen tanto atractivo como las

mixtas; trepando por las primeras no se saborean los encantos de la variedad. En las mixtas se alterna el caminar tranquilo, con los pequeños inconvenientes de alguno que otro paso difícil. Aquí, sin embargo, ya sabemos lo que tenemos delante y hay que trabajarlo monótonamente con pesadez continuada durante siete u ocho horas para subir (para bajar harán falta unas seis horas hasta el Hörnli), y siempre



Mont Collón y Cervino al fondo. (Fot. Mittelholzer).

con la misma operación, con el mismo ejercicio: gategear y gategear.

Hasta no alcanzar la cumbre, se va con un amargor especial de duda; no se entrega el espíritu libremente a la belleza de las amplias perspectivas. A medida que se va ganando altura, se da más satisfacción al deseo interior, o sea que en estas montañas rocosas la máxima emoción consiste en alcanzar su cumbre; mientras tanto, el ir salvando los pequeños inconvenientes (hasta el presente momento) es labor sin grandes emociones.

La antigua cabaña.—Veo a corta distancia al austriaco (mi intérprete) y al alemán. Se están fijando en mí.

Andan con los mismos líos de encordada que los alemanes de atrás (no sé por qué me parece que la cuerda y, sobre todo, tan larga, no resulta para estos sitios). Pronto nos damos la consabida palmada en el hombro. —*¡Oh espagnol!*, me dicen; y al poco tiempo los tres descansamos en la

antigua y abandonada cabaña: a las siete y veinte de la mañana.

El ajedrez.—Como empiezan de nuevo a darle a los jeroglíficos de la sogá, les dejo y continúo mi marcha solitario.

Preséntanse los pasos cada vez más peliagudos, y en un trozo muy liso y pendiente me he introducido como en un cepo; ni por arriba, ni por abajo hallo la salida; hasta que a fuerza de paciencia y pruebas, salgo al fin... ¡salvé el encierro!

El trepar por la roca (partes difíciles) lo comparo yo a esos juegos, que de jue-

gos no tienen nada, como el ajedrez, la solución de jeroglíficos y otros donde la inteligencia trabaja activamente; hay que calcular los pasos tan exactamente que, de lo contrario, se aprisiona uno con la mayor facilidad; penetrar en los laberintos es muy fácil; lo problemático es buscar la salida sin peligro.

El refugio Solvay.—Llego al refugio Solvay (3.818 metros) a las nueve menos cuarto.

Su reducido interior está muy bien dispuesto, con un orden casi escrupuloso, a pesar de la altura en que se encuentra. Colchonetas, mantas, botiquín, una mesa y bancos; ese es el menaje de su recinto. En una pared, el retrato de Mr. Solvay (senador belga), donador del refugio; en el lado opuesto el dibujo de un guía, hecho por algún alpinista (y artista) muy bien trazado. Viendo este bonito dibujo, que se halla sujeto a la madera con un alfiler y comprendiendo lo fácil que sería el llevarlo (muy curioso y maravillosamente ejecutado), se da uno cuenta de la gran educación y honradez de las gentes que corrientemente desfilan por este lugar, de paso de su excursión. Este es uno de los altos ejemplos que nos dan estas montañas.

El encontrar todos los objetos en su debido sitio, en un refugio abierto, libre para todo el mundo, y a una altura de 3.800 metros en montaña tan frecuentada como ésta, no se comprende sino en sitios donde las gentes llevan ese don de raza que se llama buena educación.

Imposible sería en otros lugares tener tanto orden en un edificio de estos.

En la breve permanencia en su recinto, descansando un poco, aparecen el austriaco y el alemán.

Me explica el guía sus dificultades en algunos sitios y se ha dado cuenta, según me indica, de que puedo subir muy bien sin compañía (detalle que ayer le parecía absurdo).

El verdadero Cervino.—Con buen arranque continuó la pesada labor de gateo, a las nueve y diez. Cerca del Solvay se pasa por unas grandes rocas y hay que salvarlas con mucha prudencia y una vez pasado este promontorio es cuando empieza a notarse con intensidad lo que es El Cervino. Desde el Solvay empiezan los pasos a ser más difíciles, más pendientes, y los propensos al vértigo deben de empezar a tomar tila; aunque esta segunda parte tiene la ventaja de que los riscos son más firmes, menos escurridizos.

Mi calzado cada vez se adapta peor a esta roca semi-pulimentada con el granizo.

Observo que no llevo el ímpetu de otras veces; tengo resentido el pie derecho del fuerte golpe que me di en la caída del Mer de Glace; pero mi buena voluntad es mucha y salvo bien todo lo que se me presenta; espero poder sentarme y admirar desde la testa del «Amo de las verticales».

Agarra aquí, sujeta allá, encarámate en el otro lado; pasa suave, delicadamente, sin que casi el suelo sienta la pisada; hunde con firmeza el pie en este hoyo cubierto de granizo, afirmate bien en esta roca para salvarla elevándote: así todo el tiempo; llevo cuatro horas y media con la misma operación y todavía queda buen trecho que salvar.

Los pensamientos mientras se sube.—Mientras se efectúan estas repetidas operaciones de gateo corriente, se piensa en infinitas cosas: en la marcha que podríamos llevar, deslizándonos por las vertientes glaciares de la derecha (los llamados del Cervino); en el sitio en que pudo haberse caído aquel estudiante alemán, cuyos destrozados pantalones vimos en una de las vitrinas del museo. Dónde se le parti-

ría la cuerda a los primeros escaladores; cómo caería el naturalista X, etc. Todo ello fiel reflejo de la impresión del museo de Zermatt. Por eso creí prudente advertir que ningún excursionista debería visitarlo antes de su escalada a este Coloso. No siempre se entrega la imaginación a estas tristes reflexiones y recuerdos; hay también buenos ratos de contemplación de los vastos panoramas, que, a medida que se gana altura, adquieren más atractiva belleza. Y tampoco es muy aburrida la tarea de trepar, aunque la frialdad de las manos, a pesar de llevar buenos guantes de piel (sin ellos sería casi imposible gatear: sacaríamos la epidermis destrozada), quita gran parte de su atractivo.

El panorama.—Mirando hacia Zermatt se ve un maravilloso ambiente montañoso: glaciares y rocas a nuestros pies, y cadenas de alturas sucediéndose hasta perderse en el horizonte; al fondo, escondida, sin que apenas se le distinga, la gran villa alpina, que queda oculta en el valle. Como esta montaña se yergue solitaria, con ramificación solamente por sus bajos glaciares, el dominio de ambiente es grandísimo. Por algo se le considera al Cervino como al hermano predilecto de las inmensas cadenas de los Alpes. ¡Oh Cervino! (o Matterhorn, como mejor gustemos llamarle).

De haber oído tanto este último nombre en Zermatt, cuyos habitantes lo pronuncian con devoción casi mística, me suena más dulcemente. En la parte suiza mejor se le conoce por Matterhorn que por Cervino.

La parte dificultosa

Empieza lo peor.—Encuentro el primer hierro sujetacuerdas, principio de los pasos más difíciles, a las diez. Tengo que ponerme los crampones para pasar esta lisa pendiente helada que a mi vista se presenta.

¡Cuánto noto en estos momentos la falta de mi querido piolet *reclame!* Como si estuviese dando «coces» al hielo, voy salvando esta peligrosa rampa, poco a poco; no puede confiar uno en nada; la mayor simpleza, un mal paso en este ventisquero cubierto de resbaladiza capa de granizo, sería fatal, sin posible salvación.

Las aristas de Zmutt. Furg-Cervino.—A mi derecha, y bastante hundida, se ve la arista de Zmutt, que desde su inclinada línea forma con el glaciar Cervino (Norte) un cuarto de circunferencia: amplísimo hoyo, donde algún infortunado habrá quedado provisionalmente hundido.

Una vez pasada esta nevada lista, se presentan rocas, formando casi una pared, y por donde forzosamente tengo que pasar mirando a las dos aristas (Furg-Cervino), que con exceso de precipitación se lanzan hasta los 1.200 metros.

El regreso de los alpinistas. Miedo. Bravura.—Cuando me encuentro en las lisas rocas, que se salvan con cuerdas y cadenas (la parte más «seria» de todo el recorrido), bien dispuestas, aunque algo gastadas, aparecen los excursionistas que regresan de la cumbre.

No se han debido detener nada en la altura, temiendo, por lo visto, a la tormenta que parece nos ha de envolver; no siendo este el motivo, no se comprende que puedan estar de vuelta tan pronto.

Estoy agarrado a una de las primeras cadenas; tienen que pasar los alpinistas por aquí y se les ve maniobrar a distancia de distintos modos; todo ello muy entretenido y curioso; unos salvan el peligro con extremada precaución, otros

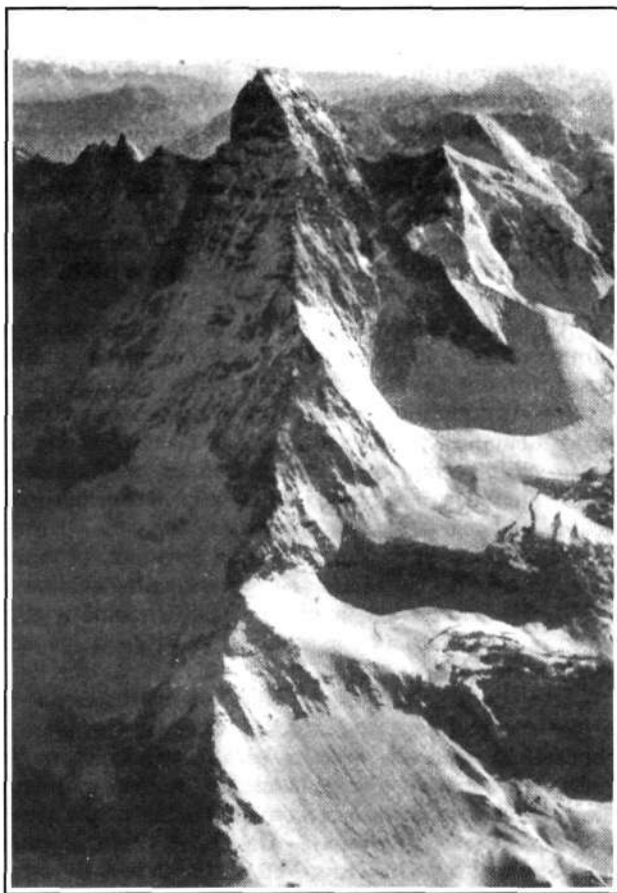
con exceso de fogosidad, especialmente los guías, que parecen impetuosos animales (me refiero a la parte física; les creo a estas gentes suizas con más nobleza, idealismo y religión que nosotros), sujetan la cuerda, la arrastran, hacen mil maniobras, y gritan a los excursionistas como si fuesen seres irracionales. ¡Menudo brío llevan los individuos! Me parece demasiada precipitación para estas temibles verticales; aunque tampoco creo que es mal procedimiento esta fuerte fogosidad, porque con su calor no se repara en el peligro; no da tiempo para pensar en él, y el brío les empuja sin que lo noten.

Un pobre excursionista, hospedado también en el «Julen» (no le vi ayer en el refugio, debió de venir a última hora con los del Belvedere), está pasando las «moradas». Todos le miramos: ¡Qué miedo lleva el pobre! Sus dos guías le gritan, le estiran de la cuerda, le quieren animar, pero no consiguen sino marearle, y tienen que esperar a que decímetro a decímetro salve estas pendientes. Sufre y tiembla, no obstante ser un grandullón, al dar sus tímidos y cortísimos pasos.

Sin embargo, los demás alpinistas (la mayoría de los alemanes) con qué entusiasmo, con qué arranque, salvan estos sitios; les hierve la sangre y ese fuego es mantenido por los guías, que colman la medida de la fogosidad. Todos me han saludado muy cariñosos, preguntándome si necesito algo. Me dicen que me falta todavía una hora para alcanzar la altura; así que aún hay que andar bastante.

¡Solo!—Ya más solo en el Cervino, imposible; ni siquiera tengo la grata compañía del sol. Una ligera niebla envuelve a toda esta montaña. El cielo está muy oscuro y amenaza tormenta.

No creo que los excursionistas que quedaron rezagados se animen a subir; por un lado el ver descender victoriosa a su gente, y por otra parte la cerrazón del cielo, que presagia descarga, serán motivos suficientes para que se queden abajo; de este



El Matterhorn (Cervino), lado Nordeste (Arista suiza del Hörnli).
(Mittelholzer Fot.)

modo seré yo la única compañía del Matterhorn, durante algunas horas; así saborearé mejor sus intimidades.

Lo más difícil.—Lo que en estos momentos estoy salvando es lo más difícil de la jornada; rocas lisas y casi verticales hay que pasarlas subiendo a pulso por las cuerdas y cadenas. Algunos momentos se halla uno suspendido en el aire a 4.300 metros; a los pies quedan los hundidos glaciares. Un ligero desvanecimiento, un momento de nerviosismo vacilante, un pequeño fallo de los brazos y..... ¡menuda tortilla se prepara allá abajo!

Durante veinte minutos no he dejado las cuerdas y cadenas, subiendo sin poder descansar, en el tiempo necesario para salvar estos «compromisos».

He pasado lo peor, y aunque los lugares que he de seguir no son tan fáciles, (roca lisa y hielo) al menos son infinitamente más llevaderos que lo dejado atrás. Unos pasos más y ya creo palpar la cumbre; pero aún tengo que salvar la blanda masa de nieve en un trayecto de unos 400 m. para llegar a su más elevada cima.

La cúspide. Granizo. Dos cuervos.—Empieza a granizar. Envuelve la niebla todo el ambiente, y no veo a mi alrededor sino blancura en el suelo y semi-blancura en el espacio.

Al pisar la cúspide en su mayor altura, apunta el reloj las doce y cuarto. Mi ánimo se halla tan frío como el tiempo; no han salido de mi garganta los «hurras» acostumbrados. Esta altura, con el día tan cerrado en brumas, obliga al silencio.

He sorprendido a dos cuervos que estaban picando los sobrantes de comida de los alemanes. ¡Qué extrañeza me produce el ver a estas aves a tanta altura. Al verme subir se han quedado impassibles, no habrán volado en un radio mayor de quince metros, y en cuanto he parado, han vuelto con tranquilidad a su apetitoso picoteo. Tienen las garras amarillas.

Graniza suavemente, y aunque estoy sin la americana, no siento frío: aún me dura el calor de la subida. El granizo salta encima de la camisa, sin molestarme.

Me he sentado en la nieve disponiéndome a aligerar la mochila. El apetito es tan grande que mi mayor atención se dirige a los sabrosos y nutritivos preparados de *Pension Julen*.

La seriedad del Cervino (Matterhorn) es tanta, que ya lo único que le faltaba es que me recibiese con rayos y truenos; porque vamos..... el granizo que había empezado a caer con timidez, está arreando ahora de tal forma que es como para decirle: «Pero usted qué se ha creído...». Pensando en el refrán que dice: «no hay mal que por bien no venga», espero impassible a que pase la tormenta.

Mont Cervin (italiano).—Ha cesado algo la «salpicadura» y se va despejando mucho por el lado italiano. Veo en la cumbre de esta nación (de menos altitud que la de Suiza, o sea ésta) unos palos indicadores y un poco más abajo una artística cruz de hierro. Sigo sentado «aplicándome con las viandas»; no cesaré hasta trasladar todo a su lugar correspondiente.

Lo mismo puedo creer que estoy a 4.505 metros, como a 1.000 ó 2.000, no me doy cuenta de nada; sé que detrás de mí hay una pendiente arista que calculo tenga algún fatídico nombre de esos que los italianos emplean tan románticamente para bautizar a sus montañas, pues esta mole tiene designaciones con sabor a cementerio.

Reconozco que, en parte, llevan razón, dada la cantidad de desgraciados que en este Matterhorn han sucumbido.

Soliloquio íntimo.—Todos los misterios de esta montaña han quedado para mí reducidos a esto: a despachar en su blanco «cetro» los preparados de mi mochila;

a haber estado trepando durante siete horas (desde el Hörnli) casi sin parar; a salvar trozos, en los que un resbalón me hubiese costado un disgusto serio, y a empequeñecerme de cuerpo y de espíritu en su cima, reconociendo que no soy nada.

¿Será el día, será la montaña entristecida por la niebla, o las dos juntas las que hayan influido en mi espíritu? ¡Lo desconozco! Lo cierto es que no vibra mi entusiasmo y mi sensibilidad; miro friamente a todo, y lo que veo paréceme un espectáculo vulgar. ¡Cómo añoro aquellas originalidades, aquellos crepúsculos, aquellos íntimos placeres que me daba el «Rey» de los Alpes!

Tengo, sí, esa satisfacción seca, dura, de haber conseguido alcanzar esta cúspide; pero el Cervino me ha recibido muy friamente y con el semblante hosco y agresivo. ¿Miraría, así también, a Douglas, Hudson, Hadow y tantos otros, cuando les veía despeñarse por sus verticales aristas?

No estaría mal preguntarle: ¡Qué te sucede, Cervino! ¿Tienes algún gran disgusto? ¡Qué recuerdo voy a llevar de ti! Una hora justa en tu cumbre y durante toda ella aguantando una granizada «veletuda»; tan pronto arreando con fuerza, como a ratos, parándose casi en «seco». La nube de la tormenta no me ha dejado de envolver durante todo el tiempo, y así, cerrado de horizontes (salvo escasas momentos), he estado reposando en tu augusta cima, inundada de nostálgicas blancuras.

Estoy muy agradecido de ti: sé que eres muy macho, muy fuerte, muy arrogante y tu mayor alegría se vería cumplida, si no te viniésemos a molestar, y dejásemos inmaculada la nieve de tu erguida testa, y no te hiciésemos esos pequeños rasguños que en tus extremidades tan amplias y sensibles sufres de continuo. Sé todo eso; y tengo que agradecerte que me hayas custodiado, aunque tu mirada se presentaba malhumorada.

¿Qué hubiera sido de mí, pobrecito «nada», si pones en plan guerrero, como ayer, a tus grandes elementos atmosféricos?

Tengo que dejarte para bajar al valle, donde tendré que luchar con gentes menos nobles que tú. Creo que me custodiarás también al dejarte, ya que tan bien me has ayudado en la subida. Con esa confianza de amparo, emprendo mi descenso. ¿Cuándo volveré a verte de nuevo? ¿Qué nuevos ambientes me traerán por aquí? Lo ignoro. Pero no quisiera morir sin que una segunda vez me recibieses, y al visitarte nuevamente, llevo la confianza de que me tratarías con mucha simpatía. ¿No es así?

DESCENDIENDO

Niebla y huellas.—Va quedando atrás la blanca nieve de su cumbre. Son la una menos cuarto.

Las huellas en la nieve facilitan mucho el descenso, y más habiendo tanta niebla; si no sería por ellas, fácilmente me hubiese desviado, yendo a parar a sitios sin posible paso.

Los lugares excesivamente inclinados, los salvo caminando en postura de sentado; no me puedo poner recto sin tener algún punto de apoyo que me sirva de freno en caso de deslizamiento. De esta forma paso la pared y el trozo del trayecto hasta llegar a las verticales rocas. Estas las he bajado bien, sujetando con fuerza las manos a las cuerdas y cadenas y dejándome llevar del peso de mi cuerpo.

Otra vez en el Solvay. La cabaña vieja.—He llegado al Solvay a las tres y veinte. En todo el pesado y difícil trayecto hasta refugio, no he tenido novedad: monotonía tras monotonía, niebla y aburrida e interminable tarea de aligerar el itinerario, procurando no «dormirme» para adelantar tiempo.

En el refugio he encontrado al austriaco y al alemán que me explican cómo el mal tiempo les ha desanimado e impedido por tal causa subir a lo más alto.

Me felicitan, dándome fuertes apretones de manos. Firmo en un espacioso álbum existente en la cabaña, dejando estampados los nombres de la Federación Vasco-Navarra de Alpinismo, de la Sociedad Deportiva Amorebieta y el mío.

Un ligero rato de charla y descanso, algo de refuerzo al acumulador de las energías y, después de una cariñosa despedida a estos señores, empiezo la segunda parte de mi descenso, dejando rocas y más rocas detrás de mí.

Desde el Solvay el trayecto es más llevadero, no hay tantos desniveles.

Con la paciencia de un miniaturista de la Edad Media, continúo descendiendo por una pesada serie de riscos de escaso atractivo.



El Cervino por el lado Oeste (Pico Tindall).

(Mittelholzer Fot).

Paso por la cabaña vieja a las cuatro y veinticinco.

Merienda en el Belveder (hotel).—Casi dos horas andando por sitios que de buenos no tienen nada y a las seis y cuarto piso el Belveder.

He pedido café con leche, y la encargada, muy amable y dadivosa, ha pensado que también podría comer algunos restos de la comida del mediodía, y ha puesto sobre la mesa dos platos llenos de carne y de puré de patatas, por los cuales (me he «zampado» mi buena ración), al tiempo de pagarle, no me quiere cobrar nada.

¿Será en obsequio a la simpatía que le he causado por haber subido sin compañía al Cervino?

Rumbo a Zermatt. El cielo está engalanado; las montañas son otras.—Cojo en el Hörnli mi querido piolet, y sin detenerme sigo para la villa; son las seis cuarenta.

Acabo de tirar los guantes que tanto me han ayudado en la pesada jornada de hoy; los pobres han quedado destrozados.

En este buen camino que llega hasta Zermatt, se alarga la zancada con agradable desenvoltura; tantas horas caminando con pasos vacilantes, cuidadosos, menudos, incitan, al pisar lisa senda, a la libre y elástica marcha.

Acercándome al valle despreocupadamente y con el anhelo satisfecho, disfruto doblemente de este crepúsculo escarlata que no me canso de admirar; no iban a ser todo nieblas ni frialdades; tenía que venir también esta hora encantada a borrar ciertas amargas sensaciones.

Contemplo de vez en cuando al Matterhorn, que va siluetando su línea y la acusa con vigor en el cielo «palo rosa»; así sin detalles se nos aparece más único, más universal, más Cervino.

Lac Noir brilla. Pronto en la villa.—En esta hora crepuscular se llega a comprender el máximo encanto poético de las montañas.

Es cuando éstas sueltan los grifos mágicos de sus gracias eternas, nunca imitadas por el hombre.

Sintiendo en mi alma el sugeridor encanto, paso por frente al Lago Negro que brilla entre el oscuro contraste de su marco. Son las siete cuarenta.

¡Lac Noir!: ¿dónde están tus gentiles ninfas que a esta bella hora debieran de estar danzando hasta la venida de la noche?

Llego al hotel Schwarzsee o del Lac Noir, y luego (ya ha anochecido) envuelto en suave oscuridad, sigo por hermosas laderas, que me llevan por buen camino hasta Zermatt. Los pinares, la aldea de Zum-Sec y las nueve y media entro «en casa».

Tenía el reloj hora y cuarto atrasado.—Extrañado por la densa oscuridad reinante, compruebo la hora verdad y veo con sorpresa que son las once menos cuarto.

Como el reloj es bueno y anda bien, hago averiguaciones, para saber cuál ha podido ser el fundamento de este retraso, y calculo que el intenso frío de la madrugada pasada en el Hörnli (pues dejé el reloj encima de la mochila) ha debido de ser la causa de tal motivo. Así que la salida para el Cervino desde el refugio, en este caso, en vez de ser a las cinco ha sido a las seis y cuarto y todo el horario varía, en la hora y cuarto indicada.

Pensión «Julen». Mi lecho en el cuarto de baño. Zermatt, la «Santa».—No me esperaban en el Julen y he tenido que repicar fuerte para ver si me proporcionaban habitación. Muy sorprendida la sirvienta al verme aparecer a estas horas, cuando ya todos los de la casa se hallan descansando, me advierte que no tengo cama, pero que me habilitará un colchón y mantas; y al pronto me prepara con todo ello, un lecho en el suelo del cuarto de baño. Y.... ya aquí, junto al lavabo, la ducha, la bañera y el espejo, pienso en las santas costumbres de este Zermatt, que hace un momento me ha dado la impresión de entrar en una de nuestras más apartadas y humildes aldeas.... ¡A las once menos cuarto, en una pensión (o mejor hotel) tan importante como ésta, todo el mundo acostado! Parece impropio de una villa de turismo; mas por algo estamos en Suiza, donde con tanta firmeza se conserva la fe; y por algo Zermatt es Zermatt, y no desea parecerse a Chamonix, su rival.

Con la jornada de hoy, he dado fin a estos magníficos recorridos de los Alpes y mañana, domingo, emprenderé la marcha a mi Euskal-Erria.

Apago la luz y ¡a descansar! Me quedan pocas horas para ello, y la paliza sorda de hoy tengo que procurar extraerla del cuerpo.

¡Agur! ¡Gabón!

ANDRÉS ESPINOSA Y ECHEVARRÍA.

Verano de 1929.